

# LA AVENTURA DE LA HISTORIA

## LA LEYENDA DEL ASESINATO DE KENNEDY

**Rafael NAVARRO VALLS**

Catedrático y académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

**Sumario: I. El drama. II. Dramatis personae : 1. JFK, el presidente asesinado; 2. Jacqueline Bouvier Kennedy, la viuda ; 3. Lee H. Oswald, el asesino; 4. Jack Ruby, el asesino del asesino. III. La tesis de la conspiración : 1. Más una intuición que una realidad; 2 . Sus variantes . 3. El segundo tirador, la cuarta bala y la película de Oliver Stone. IV. La comisión Warren. V. A modo de conclusión VI. Bibliografía**

### **I. El drama**

Las caras sonrientes de los ocupantes de la gran limusina descapotable, que conduce a los matrimonios Kennedy y Connally, se asemejan a las de unos felices excursionistas en un día de sol espléndido en el centro de Dallas (Texas). No parece noviembre. Una multitud bulliciosa lanza gritos de bienvenida. Tan es así que Nellie Connally – la esposa del gobernador de Texas John Connally –se vuelve alegre hacia Jackie Kennedy y le dice : “ No diréis que Dallas no os acoge con entusiasmo”.

Un segundo antes se ha escuchado una especie de petardeo que se pierde entre el ruido de los coches de la comitiva presidencial. Las palomas posadas en el techo del edificio Texas School Book Depository levantaron el vuelo. Fue el primer disparo, que se incrusta en el asfalto de Elm Street. Tres segundos después, otra segunda bala atraviesa limpiamente la espalda y garganta del presidente Kennedy, perforando también la espalda, mano y pierna del gobernador Connally. El dolor le hace exclamar a este : “Dios mío nos van a matar a todos”.

La tercera bala es definitiva: alcanza en el cráneo al presidente destrozándole el cerebro. Jackie Kennedy hace un movimiento extraño gateando hacia atrás. Luego declarará que fue un movimiento espontáneo para “rescatar” un trozo de cerebro de su marido que la bala había lanzado hacia la parte trasera de la limusina. De hecho, parte del cráneo del presidente fue encontrado al día siguiente en la calle . El resto del cerebro desaparecería misteriosamente después de la autopsia. Al parecer, lo recibió Robert Kennedy en un cubo de acero inoxidable y nunca más se ha sabido de él.

Los relojes de la plaza Dealey marcaban las 12,30 del 22 de noviembre de 1963. Mientras el chofer del coche presidencial aceleraba a fondo hacia el hospital Parkland- allí morirá el presidente el mismo día a las 13 horas - comienza la caza del hombre. Un ex marine llamado Lee Harvey Oswald, que trabajaba en el depósito de libros desde donde partieron los disparos, es localizado después de un tiroteo en el que resulta muerto el oficial de policía J.D.Tippit. Se refugia en el Texas Theatre, un cine de la calle Jefferson Boulevard, donde proyectan la película de Van Heflin, War is Hell. La policía irrumpe en el local y después de un forcejeo con Oswald- que iba armado- este es detenido.

Dos días después, al trasladarlo hacia la prisión del condado, recibirá un proyectil en el abdomen disparado por una pistola que sostiene Jack Ruby, dueño de un night club, a cuatro metros y medio. Son las 11.21 del domingo 24 de noviembre. Oswald morirá a las 13 h., en el mismo hospital donde murió Kennedy y a la misma hora.

## **II. Dramatis personae**

### **1. JFK, el presidente asesinado**

La noticia de la muerte del joven presidente produjo un impacto brutal. De Alaska a Tierra de Fuego, de Tokio a Madrid, de Macao a Hawai una ola de estupefacción y dolor recorrió el mundo. Algunos ejemplos. Latinoamérica era un largo sollozo: se puso el nombre de Kennedy a colegios, calles y viviendas. En Irlanda, “fue un diluvio de lágrimas”. Desde Londres, David Bruce informó: “Jamás la Gran Bretaña ha sentido tanto la muerte de un extranjero como en el caso de JFK”. En Nueva Delhi la gente lloraba por las calles. Seko Ture decía en Guinea: “He perdido al mejor amigo que tenía fuera de mi país”. Ben Bradlee, por entonces director de Newsweek, más tarde del Washington Post y amigo personal del presidente, confesó que cuando supo su muerte “quería desesperadamente escribir algo, pero estaba temblando por fuera y por dentro, y no sabía si podría hacerlo”. La mayor parte del Gabinete iba en vuelo hacia Japón cuando llegó la noticia. Volvieron a Washington tras un viaje agotador por el Pacífico, en una atmósfera sombría de silencio y dolor.

Washington era una agonía. Lo demostraron sus funerales. Se calcula que en el trayecto de la Casa Blanca a la catedral de San Mateo más de un millón de personas rindieron homenaje al presidente asesinado. Destacaba en el cortejo la imponente figura de Charles De Gaulle. Jackie Kennedy recibió millón y medio de mensajes de condolencia. Según una encuesta, el 92% de los americanos estaban profundamente entristecidos y el 75% había rezado por el presidente asesinado, su mujer y sus hijos.

Como diría Ted Sorensen, su ayudante especial, cuando lo asesinaron, “Jack Kennedy estaba viviendo en la cúspide”. Todo parecía estar moviéndose a su favor. A Kennedy “le encantaba ser presidente, y disfrutaba siéndolo “. Nunca se quejaba por la “terrible soledad del cargo” ni sus “espantosas cargas”. En el plano internacional – si se exceptúa Vietnam- las cosas iban bien. La catarsis de los misiles soviéticos en Cuba condujo a la larga a la firma del tratado de prohibición de experiencias nucleares y un viaje a Moscú era muy probable. En la vertiente nacional, ya comenzaba a prepararse para la reelección. El propio viaje a Texas era pre-campaña electoral y, en apariencia, su salud mejoraba. El posible contrincante republicano –él esperaba que fuera Barry

Goldwater - no “tiene la menor oportunidad”, según el propio Kennedy. Y de pronto, el silencio.

Tanto Ted Sorensen como Schlesinger, en sus biografías apasionadas, ayudaron a configurar un aura mítica en torno al joven presidente. No todos pensaban igual. Para el periodista I. F. Stone, Kennedy era un “príncipe azul” que salvó su reputación precisamente gracias a su asesinato, “en un contexto político extremadamente problemático “. Para Norman Mailer, Jack era “un camaleón”, un actor capaz de vivir mil papeles, pero sin un norte claro. Thomas Snégaroff hablará de la “desacralización del mito Kennedy” a partir de los 70, cuando el escándalo Watergate desencadenará una sed de transparencia política. Las dudosas costumbres sexuales del fogoso Jack Kennedy, su salud –no tan buena como dice Sorensen- , sus ambigüedades y las contradicciones de su Administración, sus errores en Vietnam, que prácticamente obligarían a Lyndon Jonson – con unos asesores en política exterior heredados de Kennedy- a una escalada bélica que acabaría con su presidencia, son datos que hoy, con perspectiva de medio siglo, ayudan a entender algo mejor su figura.

Pero en el momento del brutal asesinato, esto quedó en la penumbra. Lo que destaca era el atentado contra el líder político de Occidente, la juventud del presidente, su valentía y su glamour, su preocupación por las minorías...Su asesino había hecho algo así como matar al sueño de los sesenta.

Cuando su cuerpo llegó al Parkland Hospital todavía respira. Pero, como dicen los médicos, se trata solo “del soplo de los agonizantes”. La herida de la garganta exigirá una traqueotomía de emergencia, su abundante pelo castaño es apartado para dejar descubierta una enorme abertura en el cráneo, masajes cardíacos, esfuerzos denodados durante casi media hora..., todo es inútil, ya no queda vida en el cuerpo exánime. Los miembros del servicio secreto abren paso al padre Oscar Huber, que le administra los últimos sacramentos católicos. “Estoy seguro – dice a Jackie- que su alma todavía no ha abandonado el cuerpo del presidente. Estos sacramentos son fructuosos”.

Pero la pesadilla aún no ha concluido. Los médicos del Parkland disputan con el Servicio Secreto sobre la autopsia. El homicidio ha tenido lugar en Dallas: “Aquí ordena la ley que se haga la autopsia”, dice el Dr. Earl Rose . Roy Kellerman, agente del servicio secreto del presidente, zanja la discusión con dureza: “Nos vamos a Washington. Allí le harán la autopsia. Hace falta algo más que una ley para detener este traslado”.

El Air Force One despegará pasadas las 14 horas. El cuerpo de JFK irá en la parte de cola continuamente acompañado por Jackie Bouvier Kennedy, su esposa.

## **2. Jacqueline Bouvier Kennedy, la viuda**

Ella será quien más sufrió durante y después del asesinato de Jack Kennedy.

Jacqueline Bouvier (Jackie, llamada familiarmente) nace en Southampton (Nueva York) el 29 de julio de 1929 en el seno de una familia católica y republicana. Cuando tiene once años, sus padres – J.V.Bouvier III y Janet Norton- se divorcian. Janet vuelve a casarse con Hugh D. Auchincloss, un abogado y hombre de negocios adinerado. Educada en los mejores colegios, Jackie tiene 22 años cuando es contratada como

fotógrafa por el Washington Times-Herald . Por esas fechas, conoce al joven senador JFK.

Un año después – 12 de septiembre de 1953- contraerán matrimonio, estableciéndose en Hickory Hill, Virginia. No es una mujer fuerte. Sometida, además, a la tensión de las constantes infidelidades de su marido, fumará hasta tres paquetes de cigarrillos diarios y su salud acabará resintiéndose. Morirá relativamente joven : a los 64 años. Sus partos serán difíciles. Entiende poco de política y permanecerá al margen de ella en el frenético entourage que le rodea. Será “un bello florero” que su marido utilizará de vez en cuando en sus correrías políticas. En el viaje a Texas, por ejemplo, al presentarse el presidente Kennedy en alguno de sus discursos repitió alegremente lo que dos años antes había dicho en París: “Soy el marido de Jackie. Me llamo Jack Kennedy y la acompaño en este viaje”.

Sin embargo, Jackie inicialmente no parecía muy decidida a acompañar a su marido en la gira tejana . No solía hacerlo en los viajes dentro de Estados Unidos. Sólo accedió a la vuelta de su estancia en Grecia, donde fue huésped de Aristóteles Onassis, con el que, años después , se casaría en segundas nupcias en un matrimonio poco afortunado.

La víspera del 22, eligió para ponerse un vestido de color rosa, que era uno de los preferidos por el Presidente. Después del asesinato, y no obstante las manchas de sangre que lo empaparon, no accedió a cambiarse. Con él descendió del avión en la base de Andrews, en Washington. Actualmente se mantiene en un contenedor libre de ácidos en un reducto abovedado sin ventanas. El aire filtrado dentro del recinto (a una humedad de 40% grados) se sustituye seis veces cada hora para preservar el delicado tejido de lana, que aún conserva la sangre del presidente.

Después de los momentos de terror en el coche con la cabeza ensangrentada del presidente en su regazo, mantuvo una tensa calma en el hospital. Una escena irreal tiene lugar ante la misma cama con el presidente muerto. Jackie retira su propia alianza y la introduce con dificultad en uno de los dedos de la mano izquierda de su marido.

Como hace notar Robert Dalleck :“ la trágica muerte de su marido pareció eliminar la rabia acumulada contra él por sus aventuras extramatrimoniales” . De hecho, en unas conversaciones para la posteridad con Arthur Schlesinger - hechas públicas muchos años después, con motivo del 50º aniversario del asesinato- constantemente hablará de la “ejemplaridad “ de Jack Kennedy como esposo y padre . A partir del asesinato, parece como si Jackie hiciera el firme propósito- que mantendría toda su vida- de preservar la memoria de JFK.

Mantuvo la entereza cuando el vicepresidente Lyndon Johnson decidió jurar el cargo como presidente en el propio avión presidencial, accediendo a ponerse a su lado durante la ceremonia. Durante las cinco largas horas del vuelo entre Dallas y Washington no se separó del ataúd de su marido. Allí decidió que fuera enterrado en el cementerio militar de Arlington. Allí evocó las honras fúnebres de Lincoln y, probablemente, allí comenzó a diseñar una ceremonia que supuso la asistencia de representantes políticos de noventa y dos naciones, incluidos Anastasias Mikoyan – la mano derecha de Krushev – y Charles De Gaulle.

La marcha de los líderes mundiales por la Avenida Connecticut de Washington produjo un ataque de pánico al servicio secreto. Johnson admitiría más tarde privadamente que temió ser asesinado por algún tirador desde la muchedumbre. El conocido periodista Drew Pearson escribiría— no sin ironía y algo de mala fe — que Jacqueline fue la que “exigió que los Jefes de Estado marcharan detrás del féretro en el funeral, lo cual podría haberle ocasionado un infarto a Johnson, neumonía a De Gaulle , y puesto en peligro la vida de los líderes del mundo libre si un asesino hubiera querido poner en riesgo la suya”.

Celebrado el funeral por el cardenal Cushing, la comitiva parte para el cementerio de Arlington el domingo siguiente al asesinato. A las tres y diez minutos de ese día, cincuenta reactores de las fuerzas aéreas, uno por cada Estado de la Unión, sobrevolaron el cementerio. Al final iba el Air Force One, como póstumo saludo. Minutos más tarde, Jackie encendería la antorcha que todavía lanza su llama sobre el túmulo. Se despide del presidente asesinado, alejándose del ataúd con Robert Kennedy. Un cuarto de hora después de que ella hubiera partido el ataúd es bajado al fondo de la sepultura. En unas cartas íntimas publicadas hace unos días en el diario irlandés *The Irish Times* (13/05/2014) - el interlocutor es Joseph Leonard, un anciano sacerdote irlandés - al tiempo que confiesa que ella había sido superada por la ambición “como Macbeth”, también le contó al sacerdote la crisis que le generó el asesinato de su esposo. “Hubiese preferido perder mi vida que perder a Jack”, admite en su última carta, una de las más conmovedoras.

Su apoyo será su cuñado Robert (Bobby), asesinado en 1968 cuando hacía campaña electoral como candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Tras esta nueva tragedia, Jackie estalló. A la vuelta del entierro de Bobby Kennedy exclamaría: "Odio a este país. Están asesinando a los Kennedy y no quiero que mis hijos vivan aquí .Quiero marcharme fuera". De hecho, meses más tarde - el 20 de octubre de 1968- se casó con el armador griego Aristóteles Onassis, en una boda celebrada en la isla de Skorpios. Al cabo de unos años la relación se deterioró rápidamente y Onassis empezó a tramitar su divorcio, al tiempo que intentaba reiniciar un nuevo romance con la cantante María Callas, con la que había roto para contraer matrimonio con Jacqueline Kennedy. Mientras estaban tramitando el divorcio, Onassis murió el 15 de marzo de 1975, dejando una notable herencia a Jackie y desencadenando un litigio con Christina Onassis, la hijastra de Jacqueline.

Pasó los últimos años de su vida junto a Maurice Tempelman, un industrial belga, comerciante de diamantes. El 19 de mayo de 1994 murió en su apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York, después de diagnosticársele un linfoma. Fue enterrada junto a su primer marido, en el cementerio de Arlington.

### **3. Lee H. Oswald, el asesino**

El día de la muerte de Kennedy, Lee Harvey Oswald (LHO) tenía 24 años. Nació en Nueva Orleans sin llegar a conocer a su padre, Robert Lee Oswald, que murió de un paro cardíaco dos meses antes de nacer. Su madre – Marguerite- después del asesinato de Oswald, fue una auténtica pesadilla para abogados e investigadores por su tendencia

histriónica, encantada de la publicidad que le suponía la muerte de su hijo, a su vez acusado de asesinato de un presidente.

Su infancia fue muy inestable. Antes de haber cumplido 18 años, Oswald había vivido en 22 residencias diferentes y asistido a 12 colegios distintos. Tuvo peleas con autoridades escolares y fue colocado bajo observación psiquiátrica. A los 17 años Oswald ingresó en los marines y fue seleccionado como francotirador. Sin embargo, en dos ocasiones fue sancionado por tribunales militares. Varios de sus compañeros lo describían como “retraído y antisocial”, “solitario e insignificante”. Otros hacían notar que, con frecuencia, hacía ostentación de “su filiación marxista”. Acabó saliendo antes de tiempo del cuerpo de marines y en 1959 viajó a Moscú.

Las autoridades rusas al principio lo rechazaron (y él se cortó las venas de una muñeca), pero posteriormente le permitieron quedarse en la ciudad de Minsk, donde trabajó en una fábrica de artículos electrónicos. En marzo de 1961 conoció a Marina Prusakova, una estudiante de farmacología de 19 años. Se casaron y tuvieron un hijo en febrero de 1962. En mayo, luego de mostrarse decepcionado de la vida en Rusia, Oswald y su esposa se presentaron a la embajada de Estados Unidos en Moscú y pidieron papeles para viajar a ese país como inmigrantes. Ese año se establecieron en Dallas, donde no ocultaba su simpatía por Cuba y a la que poco tiempo antes del asesinato de Kennedy intentó desplazarse, para lo que acudiría a Ciudad de México a lograr un visado de la embajada cubana en ese país. Un episodio confuso que no hace mucho ha vuelto a ser aireado para demostrar la “conexión cubana” de LHO.

El día del asesinato es uno de los empleados del Texas School Book Depository, el depósito de libros escolares de donde supuestamente han partido los disparos que han acabado con la vida del presidente. Numerosos testigos apuntan a una ventana, la del rincón del sexto piso, que hace ángulo entre Elm Street y Houston Street. Varios han visto incluso asomar el cañón de un fusil. Un hombre afirma haber visto claramente al tirador: un tipo joven, blanco y delgado. El edificio es materialmente invadido por la policía tejana, que encuentra un fusil con un visor telescópico: un Mannlicher-Carcano, recién disparado y con una cuarta bala en la recámara. El jefe del depósito avisa a la policía que falta un empleado: Lee Harvey Oswald, que estaba en ese piso en el momento de los disparos. Hay que encontrarlo.

Minutos después de las 14 horas, llega la noticia de la detención de un sospechoso por la muerte de un oficial de policía. No es otro sino LHO, el empleado desaparecido. Se atan cabos y la policía sospecha que su desaparición de la escena del crimen del presidente es más bien una huída. Aunque la encuesta sobre el asesinato del presidente corresponde exclusivamente a la policía de Dallas, el capitán Hill Fritz admite la participación de agentes del FBI y de la CIA en el primer interrogatorio a Oswald. Antes de su asesinato habrá tres largos interrogatorios en total.

Aunque Oswald niega todo- tanto la muerte del agente Tippit como la del presidente- los indicios se acumulan abrumadoramente sobre él. El rifle Carcano utilizado contra Kennedy lo compró él, bajo el nombre ficticio de A.J.Hidell. Sus huellas están en el fusil y en los libros sobre el que lo apoyó. Aparece una fotografía en la que posa con las armas requisadas. La prueba de parafina es también concluyente: no hay duda de que ha disparado, al menos, un arma. En sus bolsillos se le requisan balas del calibre 38, el mismo de las que han acabado con el policía Tippit, que lo interpeló ante la difusión por

radio de la descripción del hombre visto en el depósito de libros y que coincide con los rasgos de Oswald. En rueda de testigos es reconocido como el joven que, con una pistola, disparó contra el oficial de policía. Su esposa, Marina, admite que el fusil utilizado para asesinar al presidente es de su marido. Más tarde confesará que en cuanto lo miró a los ojos, en la propia comisaría, la tarde del asesinato, supo que él había sido el asesino.

Todos estos datos llevan al fiscal Henry Wade a inculpar oficialmente a Lee Harvey Oswald el día 23 de noviembre, por la muerte con premeditación de John Fitzgerald Kennedy. Son a las 1.35 de la madrugada.

Si hay pocas dudas de que el autor del asesinato ha sido Oswald – solo o en conspiración, más adelante abordaremos este problema- nunca llegará a aclararse satisfactoriamente cuáles fueron los motivos para apretar el gatillo y volar la cabeza del presidente.

Adelantemos ya que la sesuda comisión Warren –constituida por el presidente Johnson para investigar a fondo el crimen, y sobre la que volveremos -, no supo dar una explicación definitiva. Sería un miembro de ella – Gerald Ford, por entonces jefe de la minoría republicana en la Cámara de Representantes y más tarde presidente de los Estados Unidos- quien en un libro posterior daría, en mi opinión, la explicación más plausible.

Oswald llevó durante un tiempo lo que se llamó su “Diario Histórico”, en el que anotó un relato, más o menos melodramático, de su fallida deserción de Estados Unidos a Rusia. Un diario donde se describía la desesperación de Oswald en la URSS y su intento de suicidio, así como una aventura sentimental (con otra rusa llamada Ella German) que, al sentir del autor, le había llevado a casarse con Marina para herir a Ella. En opinión de Ford, los motivos de Oswald para el magnicidio podrían encontrar en el Diario su explicación.

Siempre para Ford, la política nunca había sido un móvil importante en los actos de Oswald. Su “supuesto marxismo” era en realidad “una ensalada de dialéctica revolucionaria y sueños de una mejor sociedad”. Sin embargo, era un inmaduro con un desesperado deseo de llamar la atención. Cuando las cosas no salían como él quería tendía a hacer acciones melodramáticas. En este caso, asesinar nada menos que al líder de Occidente. Esta explicación de Ford coincide, de algún modo, con la explicación que Marina Oswald dio a la comisión Warren.

La joven rusa creía que su marido había matado al presidente “porque le consumía la idea de dejar su huella en la historia”. Sus continuas lecturas de biografías de los grandes personajes, le llevaba a querer ser recordado permanentemente. Su frustración- confesó Marina con tristeza y algo de arrepentimiento - partía en esta ocasión de su negativa de acceder a reconciliarse con Oswald, al que había rechazado durante varias semanas. La noche de la última negativa, Oswald lloró como un niño. A la mañana siguiente, recordó Marina, se fue llevándose el rifle Carcano, que había ocultado bajo una manta.

Tal vez el magnicidio tuvo algo que ver con el deseo de afirmar su hombría. Nunca lo sabremos, pues el domingo 24, entró en acción un inquietante sujeto, llamado Jack Ruby, que lo asesinó ante las cámaras de televisión de todo el mundo.

#### **4. Jack Ruby, el asesino del asesino.**

Según The Dallas Mornig News, Ruby es un “perdedor”. Su verdadero nombre es Jacob Rubenstein (Jack Ruby), nació en Chicago el 25 de marzo de 1911 y fue diagnosticado por los psiquiatras como un “depresivo psicótico”. Para el periodista de Dallas Hugh Aynesworth –que lo conocía bien - era “un lunático”. También como Oswald ha tenido una infancia difícil, flanqueada por un padre alcohólico y una madre mentalmente desequilibrada, ambos judíos polacos emigrados a Estados Unidos. Su educación, más que en la escuela, tuvo lugar en las calles, quizás para escapar del caos familiar.

En la década de los 40, Ruby frecuenta el mundo de las apuestas en Illinois y California, y sirve posteriormente en las fuerzas aéreas (mecánico de aviones) durante la Segunda Guerra Mundial. En 1947, Ruby se traslada a Dallas, donde tiempo después administra varios clubes nocturnos, salones de baile y establecimientos de striptease. Era notoriamente violento e iba siempre armado. Se hace amigos entre las policías que frecuentan sus locales, lo que le permitió el fácil acceso al lugar donde se efectuaría el frustrado traslado de Oswald desde la comisaría a la cárcel del condado.

Ruby nunca se casó. Extraordinariamente sensible –lloró desconsoladamente a la muerte del presidente Franklin D. Roosevelt-, se le ve muy alterado por el asesinato de Kennedy, con especial compasión por la viuda y la hija del presidente, hasta el extremo de cerrar sus establecimientos en señal de duelo. Una de sus hermanas califica su estado anímico como “el de un hombre destruido”, ansioso por demostrar de algún modo “su amor por nuestra fe judía”. Paradójicamente, meses más tarde, ya en la cárcel de Dallas, en medio de sus delirios mentales, decía sentirse culpable, pues su acción “había desatado una persecución contra los judíos de Estados Unidos”. Según él: “veinticinco millones de judíos están siendo aniquilados en Estados Unidos en venganza por todos los problemas que yo había creado al asesinar a Oswald”.

Cuando lee en la prensa que Jackie deberá volver a trasladarse, en su momento, a Dallas para declarar en el proceso penal contra Oswald, decide “salvarla de esa humillación”. Según su propia declaración: “Maté a Oswald para que la señora Kennedy no tuviera que regresar a Dallas para testificar”.

Dos días después de la muerte de Kennedy la policía decide trasladar a LHO desde la comisaría de Dallas a la cárcel del condado. El evento resulta una feria, un increíble episodio de incompetencia policial. Una multitud de fotógrafos, cámaras y periodistas se acumulan en el subterráneo, en realidad, un garaje, a través del que Oswald es trasladado. Jack Ruby se abre paso rápidamente entre la muchedumbre, y, ante la inacción de la policía, con su Colt Cobra dispara un solo tiro, que le ocasionará la muerte a Oswald. Este intentó protegerse o desviar el arma, pero al ir esposado al policía Jean Leavelle no lo logró.



El 14 de marzo de 1964, un tribunal de Dallas declaró a Jack Ruby culpable de asesinato con premeditación y condenado a muerte. En su juicio, Ruby se declaró inocente y argumentó que el dolor por el asesinato de Kennedy le había causado una “epilepsia psicomotora”, no siendo consciente de haber disparado contra Oswald. En octubre de 1966, el Tribunal de Apelación de Texas revocó la decisión por imposibilidad de haber tenido un juicio justo en aquel momento en Dallas. El 3 de enero de 1967, a la espera de un nuevo juicio, que se celebrará en Wichita Falls, Jack Ruby murió de cáncer de pulmón en el hospital Parkland de Dallas. El mismo hospital donde murieron John F. Kennedy y Lee H. Oswald.

Sus contactos con Cuba –que en realidad tuvieron relación con la mafia de la droga y no por motivos políticos- y la oportunidad de la muerte de Oswald, que cierra la boca para siempre al principal sospechoso de la muerte del presidente, serían más tarde factores principales para la tesis de la conspiración.

### **III. La tesis de la conspiración**

#### **1. Más una intuición que una realidad**

En noviembre del año pasado, se cumplió el 50 aniversario del magnicidio de Dallas. Acabo de hacer referencia a las tesis conspiratorias que las muertes de Kennedy y Oswald despertaron enseguida. Durante los primeros años después del asesinato la cuestión era: ¿Quién mató verdaderamente a Kennedy? Comenzaba a tomar cuerpo la teoría de la conspiración. Cincuenta años después, la pregunta que algunos se hacen es: ¿Quién no mató a Kennedy? Quiero decir, que han sido tantos los trabajos, las hipótesis, los documentos exhumados, los ensayos, libros y artículos publicados, los documentales y películas proyectados sobre el “enigma Kennedy” (se calculan unos 40.000), que el número de posibles sospechosos ha crecido exponencialmente. Parece como si demasiada gente hubiera tenido interés en la muerte del joven presidente.

En mi opinión, la tesis de la conspiración gira más sobre un sentimiento que sobre una realidad. Es este: ¿Cómo fue posible que el presidente más brillante de la historia de América fuera asesinado por un aislado y patético personaje como Lee Harvey Oswald? Lo mediocre del ex marine pseudo-marxista requería urgentemente una dosis de misterio. Fueron surgiendo así diversas teorías - no demostradas - que han envuelto el asesinato de Dallas en una tela de araña. Una tela tupida, fruto de una verdadera industria en torno al magnicidio de la plaza Dealey, que cincuenta años y millones de dólares han alimentado sin cesar.

#### **2. Sus variantes**

Como probable, según suponen unos, destacaría la posible inspiración del presidente Lyndon Johnson, quizás envuelto en supuestos casos de corrupción a punto de hacerse públicos. Efectivamente, el entonces vicepresidente – si estamos de acuerdo con el reciente libro de Roger Stone, antiguo asesor de Reagan – por un lado, era el gran beneficiario de la muerte del presidente, por otro, estaba envuelto en hechos que podrían resultar escandalosos. Por ejemplo, el de Bobby Baker, estrecho colaborador de

Johnson, que supuestamente recibiría grandes sumas de sobornos para el entonces senador. O el caso de Billie Sol Estes, un negociante tejano, presuntamente beneficiario de millones de dólares en contratos federales a través de la mediación de Johnson. Si ambos escándalos se hacían públicos, la situación del vicepresidente se hacía delicada.

Su ascenso a la presidencia acalló cualquier rumor sobre su participación. De hecho, su popularidad después del asesinato se elevó. Un año después, el 3 de noviembre de 1964, fue elegido para un nuevo período presidencial, ganando las elecciones con un aplastante 61,1% de los votos, contra apenas un 38% de su rival republicano Barry Goldwater. La tesis de Stone –antes adelantada por otro Stone, el cineasta Oliver Stone- es arriesgada y no es demasiado plausible.

Otros autores apuntan a las grandes industrias de armamento, que necesitaban una escalada de guerra en Vietnam, para la cual el presidente Kennedy presuntamente sería un obstáculo. La CIA aparece súbitamente como un viejo animal herido por el fracaso de Bahía de Cochinos, producto de la indecisión del Presidente, que se habría vengado matándolo. La extrema derecha - que encontraba a John Kennedy culpable de “alta traición” por su contemporización con los soviéticos, afroamericanos y Cuba - habría apretado también el gatillo.

A estos se une la gran industria del petróleo, amenazada por una reforma fiscal en curso; la mafia de Chicago, en peligro por la lucha presidencial contra el crimen organizado; Fidel Castro, como reacción contra los varios intentos americanos intentados contra su vida; la KGB para vengar la humillación de la retirada de los misiles de Cuba; un grupo de americanos patriotas exasperados por la amenaza para la paz mundial que implicaba el irreflexivo y joven presidente etc, etc.

No faltan las teorías delirantes que apuntan a Aristóteles Onassis – que posteriormente, como vimos, contraería matrimonio con la joven viuda del presidente – en combinación con un grupo de “illuminati”, movidos por oscuras razones, o quienes han defendido que fue el propio chofer del coche presidencial quien mató a Kennedy para encubrir una invasión de extraterrestres (¡¡¡).

### **3. El segundo tirador, la cuarta bala y la película de Oliver Stone.**

Algunas de estas tesis conspiratorias intentan justificarse en dos hipótesis: la existencia de un supuesto segundo tirador y la de una posible “cuarta bala”.

La verdad es que Oswald dispara tres veces desde 81 metros de distancia contra un blanco móvil que marcha a 17 kilómetros por hora. Inicialmente se pensó que las tres balas habían dado en el blanco: lo que era demasiado para un mediano tirador, por mucho ex marine que fuera Oswald. Posteriormente se demostró que de las tres balas, una se perdió en el asfalto. La segunda atravesó limpiamente la garganta de Kennedy y, prácticamente sin perder impulso, atraviesa la espalda del gobernador Connally, luego su muñeca y acaba su carrera en el muslo izquierdo. Esta bala se desgajaría suavemente en el propio hospital donde es llevado Connally, y aparecerá en la camilla que le transportaba. La tercera bala es mortal de necesidad. Viene también de atrás, es decir, del edificio del que dispara el francotirador. Perfora la cabeza y destroza la parte derecha de la bóveda craneal. Lo que explica la observación de varios testigos: “El cráneo del presidente explotó”.

Las pruebas de balística que se realizaron apoyaron la teoría de una sola bala : “El proyectil que hirió al presidente en el cuello tenía la velocidad restante suficiente para explicar todas las heridas del gobernador Connally”, concluyeron los expertos del Ejército. La bala encontrada en la camilla del gobernador en el Hospital Parkland , a la que antes nos referimos, explicaba que no hubiera ninguna señal de ella en el interior de la limusina. En fin, un análisis detenido de la película tomada en el momento del asesinato por Abraham Zapruder – un fabricante de ropa femenina de Dallas , que logró filmar 486 cuadros de película Kodachrome de 8 mm a color , de veinte segundos de duración –demostró como posible que la balas (todas ellas) partieran de atrás y no de cara al presidente

Cinco heridas, ciertamente, pero tres balas tan solo. Exactamente el número de casquillos que se encontraron en el edificio del depósito de libros. Exactamente las mismas conclusiones a que llegó el FBI y antes la policía de Dallas: nada que abone las tesis de mitómanos y confabuladores.

Y respecto a una segunda (o tercera etc) personas que habría intervenido en el asesinato, baste decir que, sumando los distintos francotiradores que aparecen en las tesis conspirativas (quienes supuestamente habrían disparado hasta desde cuatro edificios diversos, una alcantarilla, varios montículos, pasos elevados y hasta desde el coche de escolta del presidente), Anthony Summers, ha contado unos treinta. Ninguno ha sido localizado fehacientemente. Son vagas figuras que se pierden en la bruma sin pruebas claras. Incluso el Comité del Congreso (HSCA) que en 1978/79 concluyó –contra lo dicho por la Comisión Warren- que “probablemente el asesinato fue fruto de una conspiración”, se resiente de falta de transparencia, división entre sus componentes y crea más problemas que cuestiones resuelve.

Es curioso como los hechos se repiten en los asesinatos de John F. Kennedy y su hermano Robert. Un tirador solitario (Oswald) que asesina al presidente; otro desequilibrado solitario ( Jack Ruby) que asesina al asesino de Dallas; años más tarde, otro asesino solitario – Shirhan B. Shirhan – saldrá de la oscuridad de la cocina de un hotel para disparar a la cabeza del candidato a las elecciones presidenciales de 1968, Robert Kennedy. Estas coincidencias darán alas a las tesis de Jim Garrison, fiscal de Nueva Orleans, luego retomadas por el mencionado Oliver Stone en su película *JFK*, un *blockbuster* muy popular en la que el asesinato de Kennedy aparece como una conspiración entre la CIA y el presidente Johnson. Desde el primer momento, la película fue objeto de serias críticas. Por ejemplo, uno de los mayores expertos americano en conspiraciones Arthur Goldwag ha hecho de ella este juicio: “ Es una letanía notable de falsedades, tergiversaciones, exageraciones y omisiones. Soy tan duro con Stone porque es un buen director. Si fuese un cineasta malo, no importaría”.

#### **IV. La comisión Warren**

Desde que el vicepresidente Lyndon B. Johnson comprueba la muerte del presidente y, sobre todo, desde que presta juramento como sucesor - sobre un misal romano, encontrado en el propio Air Force One- a las 14.38 horas del día 22 de noviembre, comienza a insinuarse la idea de alguna medida que contrarreste los inevitables rumores acerca de la posibilidad de una conspiración. El nuevo presidente es consciente de que había quienes sospechaban que él mismo estaba implicado en el magnicidio.

Pero fue Eugene Rostow, decano de la Escuela de Leyes (Facultad de Derecho) de la Universidad de Yale, el que, después de contemplar en televisión el asesinato de Oswald, llamó a la Casa Blanca urgiendo la necesidad de que el presidente Johnson constituyera una comisión “ con amplias facultades para investigar a fondo el asesinato del presidente”. Estaba en juego la confianza pública en el gobierno, tal vez durante generaciones enteras. La sugerencia fue bien acogida.

El 29 de noviembre, Earl Warren, antiguo gobernador de California y presidente del Tribunal Supremo Federal de Estados Unidos, es urgentemente citado en la Casa Blanca. Johnson le propone presidir una comisión de investigación, que aclare de una vez por todas las circunstancias del asesinato. Warren se niega. Johnson argumenta : “Hay unos insensatos que acusan a Kruschev de matar a Kennedy, a Castro de matar a Kennedy, a todos los demás de matar a Kennedy”. El presidente, mirándole fijamente, le dice que “está en juego un enfrentamiento nuclear con Rusia, y la eventualidad de 40 millones de muertos”. Y añade: “No puede negarse a una misión que el presidente de los Estados Unidos entiende que usted es la única persona con capacidad para desarrollarla”. Warren acepta con lágrimas en los ojos.

Comienza entonces un torbellino de actuaciones para constituir la Comisión con las mejores personas posibles. Una Comisión “bipartidista” y con el máximo prestigio. No sin tensiones, éstas acabarían siendo, aparte de Earl Warren, Gerald Ford, congresista por Michigan, republicano; congresista Hale Boggs por Louisiana, demócrata; senador por Georgia Richard Russell, demócrata; senador por Kentucky John Sherman Cooper, republicano; John J. McCloy, ex presidente del Banco Mundial; y Allen W. Dulles, ex director de la CIA. J. Lee Rankin, antiguo procurador general con Eisenhower, fue nombrado consejero general de la Comisión. A estos les ayudarán – de hecho llevarán el mayor peso de trabajo- un conjunto de brillantes abogados de entre 30/40 años de edad, reclutados de las mejores Escuelas de Leyes, bufetes y fiscalías del país.

Se establecieron seis áreas de investigación : 1) Reconstrucción cronológica de lo ocurrido desde el momento en que Kennedy salió de la Casa Blanca hasta el momento en que su cadáver vuelve a la misma Casa Blanca para ser velado en público ; 2) Evidencias para establecer de modo concluyente la identidad del asesino, presuntamente Oswald; 3) Minuciosa reconstrucción de la vida del propio LHO; 4) Posibilidades de una conspiración extranjera, apuntando primordialmente a Cuba y URSS; 5) Reconstrucción de la vida de Jack Ruby, y posibles conexiones con Oswald ; 6) Calidad de la protección recibida por el presidente por parte del Servicio secreto.

Los trabajos duraron hasta el 24 de septiembre de 1964, fecha de la entrega al presidente Johnson del informe final, de 888 páginas y 296.000 palabras. Le acompañaban 26 volúmenes de XVII apéndices, con los testimonios de los testigos y los pasos dados hasta llegar a la evidencia. Earl Warren logró que las conclusiones del informe fueran unánimes, no sin notables esfuerzos de persuasión.

Los diez meses de análisis de la Comisión – junto a un trabajo serio - estuvieron llenas de incidencias de todo tipo, excelentemente descritas por Philip Shenon, probablemente en el trabajo más serio realizado sobre la comisión Warren.

Por ejemplo, William Coleman, destacado abogado afroamericano y uno de los abogados de la Comisión, llevó a cabo la extraordinaria y ultrasecreta misión de

entrevistarse con Fidel Castro. En Florida, en verano de 1964, subió a una embarcación del Gobierno de Estados Unidos, que se detuvo a unos 30 kilómetros de la costa cubana junto a un yate en el que viajaba Fidel Castro. Este mismo había hecho llegar al gobierno americano su deseo de entrevistarse con alguien que recibiera su testimonio, aclarando que nada tuvo que ver con el asesinato. La extraña reunión duró tres horas. Las negativas de Castro y su declaración de que “admiraba a Kennedy”, fueron escuchadas con reservas. A su vuelta, Coleman dijo a Warren : “No descubrí nada que me llevara a pensar que hay pruebas de que él *sí* lo hizo”. Típico de un abogado.

Cuando se planteó la necesidad de interrogar, cuanto antes, a Jackie Kennedy, como principal testigo del asesinato, Warren se opuso alegando que sería de “mal gusto”. A finales de la primavera, el equipo de trabajo de la comisión dudaba mucho de que pudieran contrarrestar “la actitud protectora “de Warren. Después de bastantes renuencias y dilaciones, el presidente Warren accedió, pero siempre que fuera en el hogar de la viuda y dirigiendo él personalmente el interrogatorio. Jackie compareció acompañada de su cuñado Bobby. De inmediato Warren le dijo : “No venimos a interrogarla: simplemente queremos que cuente lo que vio y lo que le parezca apropiado”. La transcripción del testimonio apareció en uno de los apéndices del informe final.

Algo similar ocurrió con la declaración del presidente Johnson. Ante los rumores de su participación en el magnicidio, a lo largo del invierno y la primavera, miembros de la comisión presionaron para que la Casa Blanca permitiera interrogar al mandatario. Warren no puso objeciones – lo que enojaría a varios abogados del equipo de investigación- cuando la Casa Blanca manifestó que no habría interrogatorio, sino testimonio por escrito del presidente. La declaración de 2025 palabras se adjuntó a los apéndices. En ella Johnson hace notables esfuerzos para dar la impresión de su colaboración total con la familia, incluidas conversaciones con el fiscal general algunas de las cuales, privadamente, Robert Kennedy desmintió.

En fin, el interrogatorio y declaraciones de Marguerite Oswald, madre de LHO, fueron una auténtica pesadilla para la comisión. Acompañada del abogado Mark Lane, impulsor de las tesis “conspiratorias”, casi sin detenerse estuvo hablando tres días, con testimonios “confusos hasta el borde de la incoherencia”. El punto delirante llegó cuando acusó a su nuera Marina y a los dos miembros del Servicio Secreto puestos para su protección de “conspiración “ en el asesinato, del que habría sido inocente su hijo. La comisión Warren ante sus declaraciones a la prensa emitió un comunicado desestimando la declaración de la madre de Oswald, haciendo notar que “su testimonio no había aportado nada que modificara el panorama”.

Al acabar sus trabajos, la Comisión – después de discusiones a veces acaloradas - emitió unánimemente una serie de conclusiones, cuya síntesis es:

1. Los disparos fueron hechos desde una ventana del sexto piso del *Texas School Book Depository*.
2. Sólo se realizaron tres disparos.
3. La misma bala que hirió al presidente en el cuello hirió al gobernador Connally.

4. Los disparos fueron hechos por Lee Harvey Oswald.
5. Oswald asesinó a un policía 45 minutos después del ataque al presidente.
6. Oswald se resistió al arresto intentando disparar contra otro policía.
7. El trato dado a Oswald por la policía fue correcto, excepto en la permisividad que mostró en el acceso de la prensa al acusado, que resultó desastrosa.
8. El asesinato de Oswald por parte de Jack Ruby fue realizado sin apoyo de nadie de la policía. .
9. No hubo conspiración, ni de Oswald ni de Ruby, en los hechos que se investigan.
10. Ningún agente del Gobierno ha estado involucrado en conspiración alguna respecto a los hechos.
11. Oswald actuó solo, sin apoyo alguno para asesinar al presidente, y su única motivación se basa en sus propias situaciones personales.

Estas conclusiones fueron puestas en cuestión, elaborándose cientos de teorías conspiratorias, como ya ha quedado dicho. Volver sobre ellas ahora sería reiterativo. Solamente añadiré que coincido con John McCloy, antiguo miembro de la Comisión Warren, cuando dice: « Nunca se han presentado pruebas tangibles de una conspiración»

## **V. A modo de conclusión**

Lee Harvey Oswald, en mi opinión, es el único asesino, un hombre solitario, neurótico y desequilibrado por motivaciones políticas y afectivas. En esto convino hasta la propia viuda de Oswald - Marina, rusa de nacimiento - durante muchos años, exactamente hasta 1988, que aparece como la primera convencida de la culpabilidad de su esposo. Es verdad que hubo destrucción de pruebas en la autopsia, otras por el servicio secreto y la policía de Dallas. Pero más por miedo a ser acusados de negligencia que por intentos de conspiración. Pero el informe de la comisión Warren es bastante satisfactorio. Parece que Robert Kennedy no llegó a leerlo. Y hay dudas de si estaba de acuerdo con él. Sin embargo en sus Memorias Ted Kennedy, el menor de los hermanos, escribe, después de leer atentamente el informe y tener una larga conversación con Earl Warren : “Estoy satisfecho y convencido de que la Comisión Warren lo hizo bien : me satisfizo cuando leí el informe y ahora (escribe en el año 2009) me sigue satisfaciendo”.

Como observa Vincent Quivy, se puede ser el presidente del país más poderoso de la Tierra, haber sobrevivido políticamente a la amenaza de los misiles nucleares soviéticos y sucumbir, sin embargo, a la acción de un atormentado personaje y mediocre tirador amateur.

La revisión actual de las tesis conspirativas coincide con la revisión de la propia figura y obra del presidente asesinado. Hoy no se está tan seguro de la importancia del “legado Kennedy”. Desde luego su valentía, inteligencia, el resplandor que irradiaba, su rara mezcla de juventud y auto-desdén hicieron de la política americana una explosión de

“estilo”, pero de dudoso contenido. Posiblemente esa explosión acabó enterrando al político y al hombre todavía inmaduro.

Era como un sol cegador, que no deja ver la oscuridad. Hoy, muy probablemente, sería acosado por una prensa implacable, un sistema de redes sociales que transmiten en un segundo a medio mundo aspectos debatidos, y la antigua ley del silencio sobre sus enfermedades y su incontinencia amorosa se tornaría en peligroso vocerío mediático y social. Dudosamente en el siglo XXI podría haber sido un candidato fuerte a la presidencia. Baste decir ahora que su inicial calificación de “gran presidente” se ha transformado en “buen presidente”. Hoy – entre los estudiosos - es un “debatido presidente”, con demasiados claroscuros. Aunque, eso sí, uno de los “más amados” por el pueblo americano.

La verdad es que, en mi opinión- ya lo he dicho en otra ocasión- el verdadero enigma sobre el presidente tiroteado en Dallas debe ser referido a su vida, más que a su muerte. La pregunta en torno al enigma no es primordialmente ¿quién mató (o no mató) a Kennedy?, sino más bien : ¿quién era, en realidad, el presidente de los Estados Unidos?

## BIBLIOGRAFIA

**De la amplísima bibliografía sobre Kennedy y su asesinato, solamente incluyo aquí la expresamente citada en el texto o, al menos, la más utilizada en este breve trabajo**

- *Report of the President's Comission on the Assassination of President Kennedy*. Washington D.C : U.S. Government Printing Office, 1964. (Informe Warren)

- Gerald R. Ford, y John R. Stiles. *Portrait of the Assassin*, New York : Simon & Schuster, 1965.

- Arthur M. Schlesinger, Jr, *A Thousand Days*, Boston : Houghton Mifflin, 1965. Traducción española: *Los mil días de Kennedy*, AYMA, Barcelona 1966.

- Ted Sorensen , *Kennedy*, New York : Harper & Row, 1965. Traducción española : *Kennedy*, 2 vols, Grijalbo, Barcelona- México,1966.

- William Manchester, *The Death of a President*, New York : Harper & Row, 1967. Traducción española, Muerte de un Presidente , Noguer, Barcelona 1967

- Drew Pearson, *Diaries: 1949-1959*. New York : Holt, Rinehart & Winston, 1974.

- Earl Warren, *The Memoirs of Chief Justice*, New York : Doubleday and Company, 1977.

- *Final Report of the Select Committee on Assassinations, U.S. House of Representatives, Ninety-fifth Congress, Second Session, Summary of Findings and Recommendations, 95-1828*, Washington D.C : U.S. Government Printing Office, 1979 (HSCA)

- Anthony Summers, *Conspiracy*, New York : McGraw-Hill, 1980

- Jim Garrison, *On the Trail of the Assassins: My Investigation and Prosecution of the Murder of President Kennedy*. New York : Warner Books, 1988

- Barbie Zelizer, *Covering the Body. The Kennedy Assassination, the Media, and the Shaping of Collective Memory*, Chicago: The University of Chicago Press, 1992

- Mark Lane, *Rush to Judgment. A Critique of the Warren Commission's Inquiry into the Murders of President John F. Kennedy, Officer J.D. Tippit and Lee Harvey Oswald*, Austin : Holt, Rinehart and Winston, 1996

- Norman Mailer, *Oswald's Tale: An American Mystery*, New York : Random House, 1995. Traducción española : *Oswald: Un misterio americano*. Anagrama, 1996.

- Robert Dallek, *An Unfinished Life: John F. Kennedy*, New York : Little, Brown and Company, 2003. Traducción española : *J.F. Kennedy. Una vida inacabada*, Ediciones Península, Barcelona 2004.



- Arthur Goldwag , *Cults, Conspiracies, and Secret Societies* , Vintage Books, 2009.
  
- Edward M. Kennedy, *True Compass*, New York : Grand Central Publishing, 2009. Traducción española : *Los Kennedy. Mi familia*, Planeta, Madrid 2010.
  
- Jacqueline Kennedy. *Historic Conversations on Life with John F. Kennedy*, Hyperion 2011. Traducción española: *Jacqueline Kennedy, Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*, Santillana, Madrid 2011.
  
- R. Navarro- Valls, *La leyenda Kennedy (I) : los tres hermanos*, El Cronista, (31) octubre 2012.
  
- G. Paul Chambers, *Head Shot. The Science Behind the JFK Assassination*, New York : Prometheus Books 2012.
  
- Thomas Snégaroff, *Kennedy : une vie en clair-obscur*, Armand Colin, Paris 2013.
  
- Roger Stone, *The Man Who Killed Kennedy: The Case Against LBJ*, New York : Skyhorse Publishing, 2013
  
- Vincent Quivy, *Qui n'a pas tué John Kennedy?*, Seuil, Paris, 2013
  
- Philip Shenon , *A Cruel and Shocking Act. The Secret History of the Kennedy Assassination*, New York : Henry Holt and Co, 2013. Traducción española : *JFK , Caso abierto*, Random House Mondadori, Barcelona 2013

**Rafael Navarro Valls, catedrático y académico de la Real de Jurisprudencia y Legislación**

---